



DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA (5/8)

“*Danos hoy nuestro pan de cada día*” es la petición del Padre Nuestro que hoy nos toca.

Tras la invocación introductoria «Padre nuestro que estás en el cielo» y, tras tres peticiones teologales ¿recordáis? las tres peticiones que llamábamos teologales eran: «Santificado sea tu nombre», «Venga a nosotros tu reino» y «Hágase tu voluntad», tras esas peticiones que llamábamos teologales, ahora vienen como cuatro peticiones más, digamos, morales o humanas: «Danos el pan», «Perdónanos», «No nos dejes caer en la tentación» y «Líbranos del mal». Las siete peticiones se dividen así, como las primeras más teologales y las otras cuatro (que hoy empezamos la primera) son como más, digamos, ligadas a nuestras necesidades morales.

La oración de Jesús, en este momento, adquiere otro tono que se asemeja más a la oración de un mendigo, un mendigo es muy consciente que todo lo necesita, todo lo tiene que pedir, es mendigo de la gracia de Dios. Nos podemos sentir en una composición de lugar, como si nos viésemos representados por multitudes que rodeaban a Jesús pidiéndole todo tipo de gracia, le pedían la salud, le pedían el perdón de los pecados, la liberación del maligno, el alimento, así también nosotros lo hacemos. Y por eso vamos a hablar de «danos hoy nuestro pan de cada día».

Pero este punto de partida, que parece muy obvio para las almas humildes, eso de que ante Dios somos mendigos y todo lo necesitamos, y tenemos que pedirlo, esto que parece tan obvio, sin embargo, tiene una dificultad notable para los hijos de la modernidad, me refiero a lo siguiente:

- A que en el mundo antiguo se entendía que todos los dones brotan directamente de la mano de Dios, como si Dios fuese la causa inmediata de todo lo que acontece y, por ejemplo, pues llovía, y el hombre del medievo decía: «Dios me envía el agua», y llegaba la cosecha, entonces dice: «Dios me da de comer», y había una desgracia, entonces decía: «Dios me envía una prueba o un castigo». Era, digamos, una visión de la vida del hombre antiguo que interpretaba todo como directamente, inmediatamente referido a Dios. De hecho, por ejemplo, en nuestro calendario litúrgico celebramos el 5 de octubre las témporas de acción de gracias y de petición, coincidiendo con las cosechas, para dar gracias por las cosechas que Dios nos ha dado.
- Pero en la modernidad se toma conciencia de que existen leyes biológicas naturales. En la era industrial, el hombre transforma las materias primas que Dios ha dado, pero

él es el obrador, es el transformador. Por otra parte, el hombre también él va buscando fórmulas de protegerse frente a las desgracias, por ejemplo, asegura las cosechas para que, en caso de que una cosecha se pierda, pues esté asegurado. Y para quien vive superficialmente, para el que está instalado en lo inmediato, le puede parecer que toda esta modernidad confirma una mentalidad en la que el hombre ya no necesita de Dios como antes ¿sabes?, uno podía sacar esa consecuencia si vives superficialmente: «Ah, yo ya no necesito de Dios, si tengo un seguro, sí ¿para qué voy a pedirle que me bendiga la cosecha? total, está asegurada. Si tengo seguridad social». Y entonces le parece que ya como que no necesita de Dios, y entonces, ¿para qué voy a pedir «*Danos el pan de cada día*» como dice “El Padre Nuestro”? eso lo pedían los de antes. Para el hombre moderno puede parecer ridículo pedirle a Dios algo cuando el progreso parece haber demostrado la capacidad que tiene el hombre de conquistar la creación.

Obviamente, detrás de esta falsa percepción, de quien piensa que no necesita de Dios, se esconde la falta de conciencia de distinguir las cosas, pues existen causas segundas que son las leyes naturales, pero hay una causa primera última que es Dios, que es el que ha puesto las causas naturales. Por supuesto que cuando llueve no es porque Dios esté regando, por supuesto, ya sabemos que hay una serie de causas naturales que son las que han formado la lluvia, ya, pero detrás de las causas segundas hay una causa primera última, que es el que ha creado las leyes naturales, claro.

Además, es que no tenemos que olvidar que Dios nos ha dado la capacidad de transformar y de dominar el mundo, de dominar la tierra, es más, nos dio el mandato de dominar la tierra, de transformarla. Hemos recibido de Dios los talentos para transformar el mundo, aunque luego existe el riesgo de que te crees que esos talentos son tuyos. Dios nos ha llamado a colaborar con Él en la transformación del mundo.

Por eso, esta pérdida de conciencia de Dios como fuente de los bienes, conlleva consecuencias graves, de hecho, casi nos incapacita para pedir «*Danos el pan de cada día*», tiene consecuencias graves. La primera, desaparece la conciencia o el sentimiento de gratitud, «gracias por este día», «gracias por este pan que como», «gracias por esta cosecha», te parece que todo lo has conseguido por ti mismo, que todo viene dado. Desaparece la gratitud, la vida se torna en una especie de competición de capacidades, cada uno, según su capacidad, alcanza más cosas o menos cosas, no hay lugar para la gratuidad o para la misericordia. Pero se olvida lo sustancial, y lo sustancial es que la vida, la vida es un milagro y existimos porque hemos sido amados incondicionalmente, nadie se ha dado la vida a sí mismo, la vida es un don. Lo que sostiene el mundo, no son mis capacidades, sino la gratuidad de que he sido amado, todo es don, todo es gracia ¿qué tengo yo que no haya recibido? uno tiene que tomar conciencia de eso ¿no?, ¿qué tengo que no haya recibido?

La Sagrada Escritura nos enseña a integrar dos cosas: la conciencia de que todo es don de Dios y, al mismo tiempo, que el hombre tiene que esforzarse en hacer las cosas, como causa segunda que es. Por ejemplo, dice la Segunda carta a los Tesalonicenses 3, 10: «*El que no trabaje, que no coma*», o sea que ojo con pedir «Dame el pan de cada día», ya,

pero trabaja ¿me explico? a ver, vamos a explicar hoy la petición de «Dame el pan», pero dice la segunda carta a los Tesalonicenses: bien, pero que el que no trabaje, que no coma, que no tenga la cara de pedir el pan y no trabaja.

Pero, al mismo tiempo, también el Salmo 126 dice: «*Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles, si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila los centinelas. Es inútil que madruguéis, que veléis hasta muy tarde, que comáis el pan de vuestros sudores, Dios lo da a sus amigos mientras duermen*». O sea, que las dos son verdad, la Sagrada Escritura nos educa a entender que todo es un don de Dios, pero al mismo tiempo nos educa a que seamos responsables trabajando y colaborando. Por eso, San Benito unió aquel lema «*Ora et labora*», las dos cosas: “Orad como si todo dependiese de Dios y trabajad como si todo dependiese de vosotros”.

Dice el Catecismo: «*Después de realizado nuestro trabajo, el alimento continúa siendo un don de Dios*». Las dos cosas son verdad, tú trabajas ¿no?, madrugas, te esfuerzas, pero después de haberte esforzado, el alimento, los dones siguen siendo un don de Dios, no porque tú hayas trabajado dejan de ser un don de Dios.

Por lo tanto, es bueno pedirlo, es bueno darle gracias, y, en este sentido, bendecimos la mesa, por ejemplo, la familia bendice la mesa, y esos alimentos que comemos nos han costado sudor, pero los bendecimos como dones de Dios. Por lo tanto, pedir el pan nos recuerda que somos creaturas, que nuestro ser es recibido, que tenemos una fragilidad que nos constituye, que lo propio del ser humano es ser un mendigo, un mendigo por lo que no podemos asegurarnos nosotros mismos lo que necesitamos y seguimos pidiendo.

La petición de «Danos el pan» nos ayuda a entrar en humildad y confianza, humildad y confianza.

- Humildad por saber que yo no dependo solo de mí mismo, dependo de Dios, eso me hace humilde.
- Y, en segundo lugar, confianza, soy consciente que Dios se interesa por nosotros, a Dios le importamos, Dios nos quiere, Él tiene un plan amoroso, providencial hacia nosotros. El Catecismo dice con una precisión maravillosa: «*En el Sermón de la montaña, Jesús insiste en esta confianza filial que coopera con la Providencia de nuestro Padre. No nos impone ninguna pasividad, sino quiere librarnos de toda inquietud agobiante y de toda preocupación*», no te dice que seas pasivo, no, no, tú trabaja, pero cuando tú a Dios le pides las cosas, sabes que en última instancia estás en manos de Dios, por lo tanto, eso te libera del agobio de pensarte que la vida depende solo de ti mismo.

Y, por cierto, permitidme un pequeño excursus, qué importante es que en la Iglesia también existan algunos carismas que hayan optado por vivir de la Providencia directamente, y han dicho: «Pues yo no quiero tener ayudas oficiales, quiero vivir de la Providencia, si me lo dan, me lo dan, y si no, no lo tengo». Que en la Iglesia existan esos carismas de los que viven de la Providencia nos hacen un bien a todos, porque nos recuerdan, nos recuerdan a los que tenemos seguridad social, la seguridad social no deja

de ser también una forma más por la que Dios te ayuda, y esas personas que han renunciado a tener medios humanos, sino que viven en la Providencia, que existen órdenes religiosas que han hecho opción de vivir de la Providencia y no aceptar ayudas oficiales, etcétera, son como un faro encendido que nos recuerdan a todo el resto que todos vivimos de la Providencia tanto como ellos, solo que ellos se dan cuenta y a nosotros nos cuesta, porque como tenemos los medios humanos nos pensamos que ya no vienen de Dios los dones. De esta forma, estos carismas que existen en la Iglesia nos llevan a entender la expresión evangélica: *«Buscad primero el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura»*.

Bien, vamos adelante y vamos a hacer una **explicación de cada una de las expresiones** de esta petición de hoy: **«Danos hoy el pan de cada día»**.

1) **«Danos»** ¿Qué significa este «danos»?

Dice el Catecismo: *«Es hermosa la confianza de los hijos que esperan todo de su Padre»*, es hermoso verle a un hijo que va: «Papá, dame esto», saber que va ante su padre y es lo que le sale ¿no?, un niño pequeño todo lo pide a sus padres.

Lucas 11, 9-12 dice: *«Pues yo os digo a vosotros: pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, si un hijo le pide un pez, le dará una serpiente en lugar del pez? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?»*. Es decir, Jesús nos enseña que esa petición «danos» glorifica a nuestro Padre, porque sabemos que es bueno, y por eso nos atrevemos a pedirle, tú no te atreverías a decirle eso a alguien del que no te fías, sabemos que su bondad está por encima de toda duda y por eso acudes con esa confianza. Nos atrevemos a decir, así introducimos el Padre Nuestro, pues porque como es así de bueno, pues allá que voy como un niño delante de sus padres ¿no? O sea, que pedir así es en el fondo subrayar la bondad de Dios, me fío de Él y, como es bueno, sé que me va a atender, sé que me voy a sentir escuchado.

Ahora, dice «danos», no dice «dame», dice «danos». El Catecismo nos recuerda que la alianza de Dios la realizó con un pueblo, no con individuos, Dios hizo alianza con el pueblo de Israel, hace alianza con la Iglesia y, a través de ella, con la humanidad. Es «danos», no es «dame», nosotros somos de Él y Él es de nosotros, por tanto, ese «nosotros», ese «danos» reconoce a Dios como el Padre de todos los hombres, y nosotros le pedimos en solidaridad por todos los sufrimientos, las necesidades del mundo.

Cada vez que nos presentamos delante de Dios diciendo «¿Qué hay de lo mío? ¿Qué hay de lo mío?», el Señor te dice: «¿Dónde están tus hermanos?», es así, no cabe una relación: «Ahora, Señor, no te distraigas con los demás, que estoy contigo», no cabe, no

cabe tal cosa, nosotros hablamos con Dios en primera persona del plural, «danos», no decimos «dame», nos dirigimos a Dios en primera persona del plural.

2) «**Nuestro pan**». Y dice: «*danos nuestro pan*».

La palabra «pan» expresa de forma emblemática todo lo que necesitamos para vivir como hombres, pedimos el pan, pero es obvio que la palabra «pan» también podría haber dicho «danos el agua», ¿me explico? o sea, la petición del Padre Nuestro ha elegido una palabra «pan», podría haber sido otras, el agua fíjate, el aire fíjate. La palabra «pan» podemos decir que significa todo aquello que necesitamos para vivir como hombres, estamos llenos de necesidades, luego «*danos el pan*» es «dame la vida», estoy enfermo te pido la salud. En el Padre Nuestro, por ejemplo, no se pide en ningún sitio la salud, sí, se pide cuando dice «danos el pan» porque la palabra «pan» se refiere a todo lo necesario para la vida, incluida la salud, un puesto de trabajo. Por eso hay muchas necesidades que alguno puede pensar «Esas no están en el Padre Nuestro», sí están, porque la petición «dame el pan» incluye el resto de las necesidades que tenemos.

Pero fijémonos, primero también en el sentido literal de la palabra pan, alimento, también hay que fijarse en eso, aunque la palabra «pan» es mucho más amplia, es salud, es vivienda, trabajo digno. Pero fijémonos primero en el sentido de la palabra pan de alimento, porque dice el Punto 2831 del Catecismo: «*Pero la existencia de hombres que padecen hambre por falta de pan revela otra hondura de esta petición. El drama del hambre en el mundo llama a los cristianos que oran en verdad a una responsabilidad efectiva hacia sus hermanos, tanto en sus conductas personales como en su solidaridad con la familia humana. Esta petición del Señor no puede ser aislada de las parábolas del pobre Lázaro y del juicio final*».

- Dice, a ver, primero entendamos esta petición en el sentido más estricto de la palabra, porque es un gran escándalo, es un gran escándalo que exista el hambre en el mundo, es un gran escándalo. Y cuando decimos «danos nuestro pan», en el fondo pedir va ligado a compartir, pedir y repartir está ligado por la fuerza del amor, «Danos el pan», si nos lo das a todos, luego es responsabilidad nuestra compartirlo. Luego, esta petición del Padre Nuestro conlleva una responsabilidad de reparto, porque le hemos pedido para todos, no le he pedido para mí, luego pedir es también un compromiso de compartir.
- La responsabilidad tan grande que ello conlleva está enfatizada, dice ahí, por la parábola del pobre Lázaro, acordaros la parábola del pobre Lázaro dice: «*Aquel rico banqueteaba y no le daba ni las migajas de la mesa que sobraban a aquel pobre Lázaro*», y es un escándalo, un escándalo que tiene consecuencias eternas por toda la eternidad. Acordaros de aquellas palabras del juicio final: «*Tuve hambre y no me disteis de comer*». «*Pero, Señor, ¿cuándo hicimos tal cosa?*». «*Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, a mí también me lo estabais o no me lo estabais haciendo*». Por lo tanto, el término «pan» significa todas las

necesidades, pero de una manera muy especial obviamente, bueno acabamos de celebrar la campaña contra el hambre ¿no?, acabamos de celebrar recientemente la de Manos Unidas, bien.

Pero el término «pan» tiene otras acepciones más amplias, de hecho, dice Mateo 4, 4: «*No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*». La Iglesia ha puesto en práctica esta expresión de Jesús al entender el pan en una triple dimensión, cuando la Iglesia reparte el pan, en el fondo lo hace en tres tipos de panes, tres: el pan de trigo, el pan de la cultura y el pan de la Eucaristía. Tres son los panes que configuran ese pan que pedimos a Dios, el pan de trigo, es decir, las necesidades más materiales que necesitamos todos, pero también el pan de la cultura, que es importantísimo, la educación, la educación de las personas, eso es darle el pan a alguien, educarle, y el pan de la Eucaristía, por eso, podíamos hablar de que ese pan, en su integridad, tiene esas tres dimensiones. Y fijaros que la Iglesia en su acción se ha centrado en esas tres finalidades, qué grandes esfuerzos ha hecho la Iglesia en las ayudas materiales a los necesitados, y el gran esfuerzo de la Iglesia en la educación, todos los colegios y toda la educación, y el gran esfuerzo de la Iglesia en la predicación de la Palabra y de la Eucaristía. El pan de trigo, el pan de la cultura y el pan de la eucaristía.

Dice el Catecismo, el sentido específicamente cristiano de esta petición, de esta cuarta petición «*Danos el pan*» se refiere al pan de vida, es el sentido superior, «*Danos el pan*» en el sentido superior es «*danos el pan de la Eucaristía*»: la Palabra de Dios que se tiene que acoger en la fe, el cuerpo de Cristo recibido en la Eucaristía. También la palabra de Dios es pan, la palabra de Dios es pan, y el cuerpo de Cristo el pan vivo bajado del cielo. No en vano, esto que decimos que la Eucaristía es la expresión máxima de esta petición «*danos el pan*», no en vano la oración del Padre Nuestro en la Santa Misa se reza introduciendo los ritos preparatorios para comulgar, el momento que comienza el Padre Nuestro ya nos preparamos para comulgar si os fijáis, se ha hecho la consagración, se reza el Padre Nuestro, y el Padre Nuestro introduce la preparación para comulgar porque le decimos «*danos el pan*» y ya nos preparamos para comulgar. Y esto ha sido muy importante tenerlo en cuenta, porque es fácil que muchas personas en esta petición de «*danos el pan de cada día*» se queden en la primera dimensión, el pan material, las necesidades materiales. Por ejemplo, pues a veces existe el riesgo, como el Papa tantas veces dice, de convertir la Iglesia en una ONG, a ver, la Iglesia no es una ONG.

Entonces, Jesús mismo se lamenta de esto, por ejemplo, en San Juan 6 dice: «*Jesús les contestó: en verdad os digo, me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura hasta la vida eterna*», o sea, que Jesús también dice: no te quedes solo con el pan de trigo, que hay un pan superior, Jesús en eso educa.

Hay una educación progresiva para la espiritualización del término pan, sin desencarnarlo, por otra parte, sin desligarlo de los otros aspectos, porque obviamente también dice la carta de Santiago: «*si un hermano o una hermana andan desnudos, faltos de alimento diario, y tú les dices: «Id en paz y que Dios os bendiga*», pues obviamente no estás verdaderamente respondiendo a la misericordia de Dios, que es capaz de atender las

necesidades más básicas de todas las personas. Pero es verdad que, al mismo tiempo, tenemos que tener cuidado de no reducir ese concepto de pan a las dimensiones más básicas y materiales, sino tener esa conciencia de que, en el fondo, nuestras necesidades más materiales, más perentorias, en el fondo son como un adelanto, son un signo de nuestra necesidad de Dios, necesitamos de Dios. Las necesidades perentorias se nos hacen más visibles, pero en última instancia tenemos hambre y sed de Dios, hambre y sed de Dios.

3) De «hoy» y «cada día»

Un paso más, fijaros que la petición es «*Danos hoy nuestro pan de cada día*». Hemos hablado del «*danos*», del «*nuestro pan*», que no es mi pan, es nuestro pan, y ¿qué significa eso de «hoy» y «cada día»? ¿qué significa eso de esas dos expresiones que parecen como redundantes, «*danos hoy el pan de cada día*»?

Por una parte, significan que el encuentro con Dios acontece en el hoy, no en el ayer o en el mañana, nuestro tiempo, el tiempo del cristiano es el tiempo presente, la importancia de centrar la espiritualidad no en el pasado o en el futuro, sino en el hoy, “sólo por hoy vivir en la presencia de Dios”. Cuando uno vive en el pasado o vive en el futuro tiene el riesgo de tener una espiritualidad descentrada, eso, por una parte.

Pero, por otra parte, esto de que decimos «*Danos el pan de cada día*» es como subrayar que la dependencia, nuestra dependencia de Dios es constante. No “hoy sí, mañana no”, no “me acuerdo de Dios cuando oigo tronar y luego me olvido de Él”, que eso también ocurre, que cuando estoy con la soga al cuello me acuerdo y luego..., cuando de repente tengo..., que vivimos a veces una vida espiritual como si necesitásemos de Dios por momentos, dependiendo de nuestro estado de ánimo o yo qué sé, no, cada día, cada día.

Hay un texto muy sugerente para entender esto, el pan de cada día, que igual supongo que no os habréis percatado de él, que está en torno al episodio del maná en el desierto que recibía el pueblo cuando estaban camino hacia la tierra prometida, está en el capítulo 16 del Éxodo, y fijaros qué detalle: «*Esto manda el Señor: que cada uno recoja lo que necesite para comer, una ración por cabeza, cada uno recogerá según el número de personas que vivan en su tienda. Así lo hicieron los hijos de Israel, unos recogieron más y otros menos. Y al pasar la ración, no sobraba al que había recogido más, ni faltaba al que había recogido menos, cada uno había recogido lo que necesitaba. Moisés les dijo: «Que nadie guarde para mañana». Mas no le hicieron caso a Moisés, sino que algunos guardaron para el día siguiente, pero salieron gusanos que lo echaron a perder. Moisés se enfadó con ellos: «¿No os he dicho que cojáis solo el pan de cada día?»*». Es curioso este texto, “coged el maná de cada día” y al que pretendía guardarlo para el día siguiente se le estropeaba, bueno, es curioso el texto, y es como una manera de recordar el decir Dios me va a cuidar cada día, ¿y mañana? pues me seguirá cuidando, ¿y pasado? me seguirá cuidando. Porque a veces uno piensa «¿Y si soy generoso y me desprendo de esto?», ¿mañana? Dios te seguirá cuidando ¿qué te crees? cada día Dios nos cuida.

Por eso también ese «cada día», «danos hoy nuestro pan de cada día» es el de decir «A ver, yo estoy en manos de Dios», y mañana pasará lo mismo, y pasado, y al siguiente, porque a veces pretendemos tenerlo todo controladito ¿no?, todo controlado para sentirnos seguros, pero ¿qué seguros? si yo cuelgo de la Providencia, ya está, yo estoy colgado de la Providencia, ¿qué más seguridad quiero que esa?

Y por supuesto, por supuesto, cuando se dice «cada día» es porque cada día celebramos la Eucaristía señores, la Iglesia celebra la Eucaristía cada día, la celebra el día del Señor que es el domingo, el “Dies Domini”, todos los domingos la Eucaristía. Llevamos celebrando esa Eucaristía cada día desde hace 2000 años, desde que Jesucristo dijo: *«Haced esto en memoria mía»*. Ese «cada día» también se refiere a la Eucaristía, dominicalmente porque es el día que representa la semana, e incluso diariamente.

San Agustín dice que la Eucaristía es nuestro pan cotidiano, y añade que este pan cotidiano se encuentra también en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, eso es de San Agustín. Tú en esas lecturas que se proclaman en la Eucaristía estás recibiendo el pan que necesitas, el pan, igual que si se nos cayese un trozo de pan, del pan consagrado al suelo, inmediatamente lo recogemos, pues es que igual se nos caen muchas palabras de Dios y no las recibimos, y no tenemos cuidado de acogerlas, con el mismo cuidado que cogemos las migas del pan consagrado, también estamos llamados a recoger los versículos de la palabra de Dios que se nos ofrecen, el pan de cada día.

Y, por último, pero no menos importante, también la Tradición y, especialmente San Agustín dice: «El pan de cada día es también el Espíritu Santo».

Y fijaros, vayamos a un texto que, seguro que hemos escuchado muchas veces, pero igual nos ha faltado un poco esta interpretación, allí en el Evangelio de Lucas 11 cuando dice «¿Qué padre hay que cuando el hijo le pide pan le va a dar una piedra?», dice: *«Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden»*. Curiosamente parece que tenía que decir «si tú eres capaz de dar cosas buenas a tus hijos, pues cuánto más el Padre dará esas cosas buenas que le está pidiendo» ¿no?, pero dice «el Espíritu Santo», parece que da un salto ahí ¿no?, da un salto. Y es que esto nos viene a recordar que Dios a veces, no únicamente nos da lo que le hemos pedido, sino mucho más de lo que le hemos pedido, nos da lo que necesitamos, de hecho, nosotros a nuestros hijos no les hemos dado lo que nos han pedido, les hemos dado lo que han necesitado, no siempre coincide la cosa. Entonces, este aspecto es importante, al final, Dios te da el Espíritu Santo.

Pongo un ejemplo, cuando los mártires, los que estaban en peligro de muerte ¿no?, los que ahora mismo están perseguidos, y me estoy acordando mucho de este obispo de Nicaragua, Monseñor Rolando Álvarez, que está en la prisión, le han condenado a 26 años de prisión, que está allí en la cárcel. A ver, él habrá rezado el Padre Nuestro muchas veces, lo habrá rezado con fuerza, habrá dicho: «Señor, dame el pan», que es dame la libertad, dame lo que necesito, y ¿el Señor no le ha escuchado? sí, el Señor le ha escuchado, le ha dado el Espíritu Santo. Y a los mártires, que igual le pidieron al Señor

«Señor dame, protégeme», sí le dio el Espíritu Santo, y ese Espíritu Santo fue el que le permitió dar la vida.

O sea que, en el fondo, el pan de cada día es el Espíritu Santo que pedimos, el que Dios es capaz de darnos por encima de lo que le estábamos pidiendo, tú igual vas a continuar en la cárcel, pero vas a tener el Espíritu Santo de vivir esa prueba con paz y alegría, y participando del misterio de Cristo, y haciendo de esa prueba un momento de fecundidad muy grande para el bien de la Iglesia, o fíjate lo que les pasó a los mártires.

Por eso al final, al final, la petición por el pan es la petición por el Espíritu Santo, esto es lo que nos viene a recordar San Pablo cuando dice: *«Del mismo modo, el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene»*, dice San Pablo eso “*nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene*”, “*Pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables*”, impresionante esta expresión.

Por eso decir que pedir el pan es pedir lo esencial, lo que sea más importante, Señor, lo que más necesito. Yo, de hecho, tengo la costumbre, os lo comparto, de muchas veces pedirle en mi oración: «Señor, concédeme pedirte lo que tú quieres darme», claro concédeme pedirte lo que tú quieres darme, lo que sea verdaderamente necesario, lo más necesario para mi vida, porque muchas veces suele ocurrir que uno piensa que tiene determinadas necesidades, y no es que no las tenga, es que tiene otras muchas más importantes de las que no se da cuenta, de las que no se da cuenta. Por lo tanto, esta es también una petición de la esencialidad, que Dios nos dé la gracia de pedir lo esencial, lo esencial, de pedir la pobreza evangélica, de pedir que Dios lo sea todo en nuestra vida, que Él llene y colme nuestros corazones, tal esta petición, la petición que aquí estamos formulando: *«Danos hoy nuestro pan de cada día»*.

Si os parece, nos vamos a poner en pie y rezamos todos esta oración: *«Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal»*.

El Señor esté con vosotros, y con tu espíritu.

La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.